

861.5
E. 770

STC

16-FEB-79

PQ 6521
A1
1884



FSRM

3659

3659

Héctor González.
4-1906.

BIOGRAFIA

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo trasformado en inpetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creación hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver como descende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animación su mente y donde le sustenta su imaginación de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendabales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo mundo*: pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que más le caracterizan, te-

merosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á D. JOSÉ DE ESPRONCEDA la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguía su padre la honrosa profesión de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la Independencia como coronel de un regimiento de caballería en la provincia de Estremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse, oprimida por vivísimos dolores, en la villa de Almendralejo, donde dió á luz al que más tarde había de ser honra y prez de la poesía castellana: corría á la sazón el año 1810 y era la estación de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecía en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenía éste algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de San Mateo. Discipulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigía á celebrar la jornada del 7 de Julio: enseñósele á su buen maestro; á cada verso que cantaba, á cada imagen medianamente descrita, exclamaba Lista regocijado: —Oyes, jesto es magnífico! A cada locución trivial, á cada frase impropia é incoherente, decía sin fruncir el ceño:—Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregía los defectos y animaba el naciente numen del vate: así para llevar por un sendero á sus alumnos nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabía granjearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacían el oficio de expresos man-

datos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista después de cerrado el colegio; también figuraba entre los que aplicándose poco, lucían mucho; miembro de la academia del *Mirto*, progresaba en la poesía; con vocación á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un jóven de 14 años, pertenecía á la sociedad de los *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salía de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residía á la sazón su padre.

Allí en la soledad del cláustro se enaltecía su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiración vigorosa, no se detenía á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarian eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecía asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauración de la monarquía de los Godos en pugna con la civilización floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecía este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñanzas, la cruz y la media luna: cabían excelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por su independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan

digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la colección de sus poesías, nuestro voto le sería favorable, pues hay allí pasajes que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del Rey don Rodrigo*. A don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunas octavas en los fragmentos contenidos. No había renunciado Espronceda á terminar *El Pelayo*, y constantemente poseído de la belleza del asunto, es probable que, al darle cima, hubiera variado de metros á fin de amenizar más el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la córte: bajo la recelosa mirada de la policia le amagaban persecuciones, y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no ménos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer país extranjero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó de allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entonces. Por no eclipsar la brillantez de su relato reduciéndolo á más estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato inportante. Después de echar el ancla en el puerto de Lisboa el dismantelado falucho que conducía al jóven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasajeros el pago de una gabela: cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componía todo su erario; le

devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero*.

Para el que al anochecer de un día nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad extraña sin pan que le sustente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vegetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazón resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance congojoso y amargo para los que se anegan en poca agua. No perteneció Espronceda á esta clase: pobre como Homero, desembarcaba en el país del cantor de Vasco de Gama: allí entre privaciones y escaseses tuvo origen esa pasión amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasión embellecida por su imaginación ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela sería narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores: omitiriamoslas nosotros aun cuando se adaptasen á la índole de esta obra, porque acaeen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la continua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no les consentían á la puerta de casa: por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Londres, cuyo suelo fué para todos más hospitalario. Dividía el poeta extremeño las horas entre sus desvarios amo-

rosos y sus estudios. Lefá á Shakspeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no sería difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su país acentos, no lánguidos y pobres de valentía como los de Martínez de la Rosa en ocasión semejante, sinó bien sentidos y expresados á estilo del profeta de las lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nación que había dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendía el sol á su ocaso.

Tal vez en Londres gozaba Espronceda el período más feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cruzaba después el Canal de la Mancha fijando en París su residencia: entusiasta por la libertad de los pueblos, se batía en el puente de las Artes y detrás de las barricadas durante los tres días de Julio. Venía más tarde entre aquel puñado de españoles que más acá del Pirineo dieran estériles señales de bizarria, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heroicamente don Joaquin de Pablo. Vuelto á París, se inscribía en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heroica empresa contrariada por Luís Felipe con la voluntad inflexible de un soberano bien querido de su pueblo. A la mágica voz de amnistía regresaba Espronceda al suelo patrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de Guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus jefes, sin duda hubiera sido uno de los más pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un impre-

visto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó en mostrárselos al monarca: llamó este al capitán del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuellar, reunió materiales y compuso una colección de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera línea entra esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la promulgación del Estatuto, se hizo Espronceda periodista; su altivo pensamiento no podía soportar el yugo de la previa censura. Contábase entre los redactores del *Siglo*, de que era director don Bernardino Nuñez Arenas, propietario el señor Faura y censor el señor Gonzalez Allende. Prohibidos por éste los materiales destinados al número 14 del periódico más caliente de entonces, no sabian los redactores cómo salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara *El Siglo en blanco*: asintieron todos sin dificultad á la propuesta, y al día siguiente se repartía su diario con los epígrafes de: *La Amnistía*.—*Política interior*.—*Carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo*.—*Sobre cortes*.—*Canción á la muerte de don Joaquin de Pablo (Chapalangarra)*. De resultas

fué vedada la publicación del *Siglo*, y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de orden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza Mayor de esta córte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener en pocas horas el fuego que habia cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Setiembre, que forzosamente habia de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores de que era teniente. Sonaba su voz en el jurado, defendiendo un artículo del *Huracán* denunciado por aquellos días. Del modo más explico hizo alardé de sus opiniones republicanas; temía que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados, y exclamaba: «Yo bien sé que después de violentas borrascas quedan insectos sobre la tierra que corrompen las atmósfera con su fétido aliento.» Justificando aquel trastorno y recalcando la precisión que habia de variar de rumbo, decía: «Hasta ahora ha visto la nación que sus representantes se han arrojado sobre ella para devorarla como una horda de cosacos.» Creía que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habria que *fusilar á la humanidad entera*. Abundaba su

discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del *Huracán* fué absuelto.

Por el mes de diciembre de 1841 se dirigia á La Haya á desempeñar la secretaria de la legación española: regresaba poco después á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaída su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, habia sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fria Holanda en lo más crudo del invierno.

Bien conocian sus admiradores que no cubrian canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamación en la garganta, espiró á los cuatro días de enfermedad á las nueve de la mañana del 23 de mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensación causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguía al ataud del poeta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo don Enrique Gil conmovía á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de numen potente, de entonación robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del más férvido entusiasmo, amaba los peligros y se esparcía su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibiades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la Edad media hubiera merecido la inclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio

de la Edad moderna le hubiera visto Cristóbal Colón á bordo de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fe religiosa el siglo de Espronceda; siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo en fin de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseído inmensos caudales fuera el *don Juan Tenorio* del siglo décimo nono.

Una de las canciones más celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el mar por patria. Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó el muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos descendiendo la noche, ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el resplandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcán preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de majestuosa catarata quebrantándose de

roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos lo revelaba la canción de Espronceda; muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasión de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la canción del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco*: lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del joven griego de la hija del apóstata*: sus delirios de socialista en el *Mendigo* y en el *Verdugo*: en el *Himno al Sol* su elevación de ideas: cuando canta *A un Lucero*, llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgia* se dirige á *Jarifa*, el hastío le devora: cuando compone *El Estudiante de Salamanca*, dibuja en don Félix de Montemar su propio retrato. Con leer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de estas poesías sueltas: en *El Español* dos fragmentos de una leyenda, *El Templario*: en el *Pensamiento* un romance á *Laura*: en *El Iris* estrofas de una oda á la *Traslación de las cenizas de Napoleón* y un fragmento de *El diablo mundo*, titulado *El ángel y el poeta*: en *El Labriego* una composición al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en jefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañón en el Mas de las Matas, no

se avenían los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no perdiciaban momento de maquinarse contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las cortes de 1840 eligieron por campo de batalla la discusión de actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algún proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesión del 23 de febrero hervía la multitud á las puertas del Congreso; dencansaba sobre las armas un piquete de infantería en el solar de las monjas de Pinto: pedía la palabra don Joaquín María López, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras y á llamar as cosas por sus verdaderos nombres*, estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibiase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte exterior del edificio: se refugiaba el jefe político de Madrid al salón de columnas. Continuando la sesión aseguraba el gabinete que había adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algún diputado replicaba: *todavía no oigo el estampido de los cañones*: uno de los alcaldes constitucionales se sonreía con calma sin moverse de su escaño, y se hacia de nuevas tal individuo que había intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salón de las sesiones tan pobre farsa, ocurrían escenas más tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta corte los invitaba al orden hablándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano.—Respetad la ley, hijos.—Vd. es el que ha de res-

petar al pueblo,—le decía alguno.—Orden, señores, repetía el gobernador de la plaza.—¡Miren quién proclama el orden! reponía otro, el segundo de Bessiéres.—Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones contestaba el general:—Si, señores, he sido segundo de Bessiéres; pero ahora sirvo la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella.—Con la misma lealtad servirá Vd. esta causa que la otra.—Tan escandaloso diálogo no se podía prolongar más tiempo.—A la llegada del capitán general empezaban á llover piedras sobre la tropa; aquel jefe declaró á Madrid en estado de sitio al són de trompetas; como el pueblo no despejase la Plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre; salváronse con la fuga todos, ménos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pié firme y cayó al suelo sin vida. Al día siguiente fué también la sesión borrascosa: hubo otras parecidas antes y después de constituirse el Congreso con motivo de la discusión de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitán general de Castilla la Nueva, y debía presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el día 2 de mayo. Entonces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosión fuera más terrible y espantosa, compuso Espronceda la

poesía que hemos citado. Allí describía con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo de la corte de Carlos IV vendida á los franceses, como se creía en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como la reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la Independencia, decía arrebatado por su inspiración vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono en sus rubustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecía.

Tronaba después, fieramente indignado, por el triste galardón otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldón dejó manchado.

Aludía á la segunda época constitucional, y bramando de ira exclamaba con solemne acento:

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borrón de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses: ni omitía señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo. Sus palabras eran estas:

Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nación, que esclavizarte anhela,
Busca también por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Trás de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venía el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo impeliéndole al combate. Así concluía su inspiración volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también mi corazón estalle.

Esta composición, expresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formación del capitán general de Castilla la Nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oídas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron siete cantos del *Diablo Mundo*: según el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronara su obra, grandioso engendro de una imaginación fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte exponía su pensamiento en el primer canto:

Nada ménos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Trás de que va la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda,
quería alfombrarla de flores; por eso prometia
desenvolver su asunto

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe con cuerpo de hombre y alma de niño debía pasar por situaciones altamente originales entre las diversas jerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruido por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesada en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija: ansioso por restituirla á la existencia, *Adán* es un personaje de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los dife-

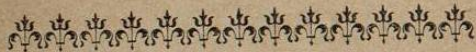
rentes cuadros de este poema, que por su indole no hubiera alcanzado popularidad sinó en un país de filósofos y pensadores. Espronceda había intercalado un canto *A Teresa*; según su expresión propia puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazón y nada tiene que ver con el poema: pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastio. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo mundo*. Espronceda lo leía de una manera admirable y en tono de gracia y solemne canturía.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del parlamento. Verdad es que ya no tenía fuerzas físicas y sólo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario balbuciente y mal seguro, y sólo por intervalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladín muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacía aún más interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazón, centro de generosidad y nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño pervertía á los que se doblaban á su vasallaje. Hacía gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes:

renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemía desolado y afligido por el cólera-morbo, se metía en casas ajenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caida en un lodazal, donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban, y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos: desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.



ENSAYO ÉPICO

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO

FRAGMENTO PRIMERO

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiración divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolación, ruina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.
Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusión respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,